

Está en el paisaje

TONI SOLER

LA VANGUARDIA, 1.11.09

SER O NO SER.

Nuestra alma colectiva, otra vez en el disparadero. ¡Qué pereza! Con la última corruptela político-urbanística ha ocurrido lo de siempre: Un problema grave, pero homologable (venimos de Gürtel) ha puesto el país entero patas arriba, socavando los cimientos de la nación y poniendo en tela de juicio sus estructuras y sus esencias. Ya ocurrió durante crisis anteriores, como la sequía, el Carmelo y el caos de cercanías: siempre terminamos sentando al país entero en el banquillo. Nos jugamos el ser o no ser en cada esquina, nos preguntamos a cada paso si somos oasis o charca, si merecemos el autogobierno. Así no hay quien viva tranquilo. "¡Menos mal que no somos independientes!", clamó Pilar Rahola tras conocer la última garzonada. Saludamos así al juez español que llega con su corcel blanco para salvarnos y para ponernos en evidencia. Nos encanta flagelarnos, y al día siguiente, en cambio, nos escandalizamos porque José María Aznar dice que somos una población enferma.

CONFIANZA.

Tras conocerse el alcance del caso Pretoria, el president José Montilla salió a la palestra con un discurso previsible y sin admitir preguntas de los periodistas. Justificó el desafecto pero reclamó confianza a los ciudadanos, y rescató la vieja cantinela de que no todos los políticos son iguales. Aunque le faltó vehemencia, Montilla soltó el único discurso posible, al menos desde un punto de vista responsable y democrático; el maximalismo del no hi ha un pam de net - que reina en la calle-nos lleva a

un callejón sin salida. Sin embargo, es lógico que el discurso oficial nos sepa a poco, porque la herida del tres per cent se cerró mal, nos instaló en la sospecha, y ahora se han solapado los casos Millet y Pretoria, que afectan a nombres propios de gran calado. Lo peor, sin embargo, es la sensación de impunidad, de tibieza - por no decir resignación-del poder público frente a los corruptos. La inoperancia del Parlament ante las advertencias de la Sindicatura de Comptes, el retraso de la Oficina Antifrau (por fin ha arrancado, pero ¡estaba en el pacto del Tinell del 2003!), la opacidad financiera de los partidos, son sólo algunos datos que demuestran que el problema de la clase política no se halla tanto en la minoría corrupta sino en una mayoría indolente.

PAISAJE.

Y, con todo, ¿es posible afirmar que la corrupción es culpa de una exigua minoría? En este caso, minimizar es tan irresponsable como generalizar. Y, aun sin disponer de datos objetivos, es inevitable concluir que la actitud de los corruptos no sólo es atribuible a su tibieza moral individual, sino a la fuerza de un contexto, de un paisaje, en el que se sienten amparados. Es más o menos comprensible (que no justificable) que una persona joven y sin recursos quiera abrirse paso por la vía rápida, sorteando la ley para ganar dinero fácil. Pero no es este el caso de Millet, Muñoz, Luigi Garcia, Prenafeta y Alavedra. Se trata de gente acomodada, en algún caso de edad propecta, que al delinquir - presuntamente- pone en riesgo toda su carrera, su posición social, su consideración pública. Entonces, ¿por qué lo hacen? Pues lo hacen - presuntamente- por relativismo. Los imputados viven en un contexto en el que resulta tan fácil hacer tales trapicheos, y de hecho los hace tanta gente, que si ellos obran con rectitud se sienten estúpidos. Lo cual no es

un atenuante, por supuesto. Pero me lleva a sospechar que la corrupción es un fenómeno mucho más general de lo que nos gustaría.